

13 Una vida, UNA NOVELA

GREGORY PECK

Sufrió la amargura
de ver a sus
padres sepa-
rados.

El extraño per-
sonaje de "Las
Nieves de Kili-
manjaro" es él
mismo.

Su idilio con la
periodista francesa.

2
PTAS.



¡DE PROXIMA APARICION!

GRACE KELLY

¿Qué encanto misterioso posee esta mujer? Los galanes más veteranos y famosos que han trabajado con ella, terminan captados por su profundo hechizo, y algunos enamorándose de ella. Bing Crosby, Clark Gable, Gary Cooper, Ray Milland, James Stewart... Sus triunfos en el cine, han culminado con el «Oscar» concedido este año. Un relato interesante como la propia vida que narra.



Una vida, UNA NOVELA

FRANK SINATRA

UN CARÁCTER DIFÍCIL Y ATORMENTADO

• Su matrimonio con Ava Gardner resultó un desastre

• COMO ARTISTA SE SUPERA CADA DÍA

2 Ptas

FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas, Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.



SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine. Silvana Mangano, famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.



UNA VIDA, UNA NOVELA

GREGORY PECK

- ◆ Uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo.
- ◆ La compañera de sus tiempos difíciles no ha conseguido retenerle a su lado.
- ◆ Un final poco ejemplar después de quince años de matrimonio.

Volumen n.º 13
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO

PIDALOS EN SU KIOSCO!

Derechos reservados
Copyrigth by Ediciones
Cinematográficas, Spain.

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

El mar abierto, inmenso, infinito. En la orilla, sentado ante un castillo de arena que luce una banderita de papel en lo alto, un niño dirige su mirada profunda y lejana hacia las aguas; parece como si tratase de llegar, a través de aquel mar de reflejos dorados, a la otra orilla. Es un niño de ocho años y tiene los ojos tristes; se llama Gregory Peck. Habita muy cerca del mar. Ha nacido en La Jolla, California, y sigue allí, con su padre que es farmacéutico. Su madre vive lejos, desde que él era muy pequeño. Su madre era una mujer guapa y dulce; se había divorciado de su padre y luego vuelto a casar. Siempre que el niño piensa en ella siente vivos deseos de llorar; al principio lo hacía, y ahora, cuando la recuerda y se nublan sus ojos, mira al mar; sabe que debe ser fuerte, que aquella separación es irremediable. Vienen a su memoria aquellas palabras de su madre, llenas de ternura: «El 5 de abril de 1916, cuando tú naciste y te tuve en mis brazos por primera vez, fué el día más feliz de mi vida. Eres mi tesoro, niño mío...». Pero todo aquello pasó, y se sucedieron también los días en que sus padres le contemplaban enterneados y le contaban historias fantásticas de héroes superhombres. Y llegó un instante fatal en que vió llorar a su madre; y su padre también parecía más serio que de costumbre y hasta triste. En seguida, su madre se separó de él, se marchó lejos y Gregory

quedó en La Jolla, junto a las aguas. Lloró mucho, pero comprendió que sus lágrimas no solucionaban nada. Entonces decidió ser fuerte y conformarse; conformarse con su soledad, con que fuese una vecina quien, compadecida, se ocupase de él y le cuidase; conformarse con no tener otro amigo que el mar abierto. Su padre, en la farmacia, hacía el turno nocturno, y por el día dormía para estar atento al trabajo al llegar la noche. Gregory apenas le veía; el niño estaba abandonado a sí mismo. Por la noche, cuando se acostaba, tenía pesadillas en las que veía a su alrededor personajes extraños y febriles. Por la mañana se vestía e iba a la playa, a contar su sueño al mar para aquietar su espíritu.

A los siete años va a la escuela comunal de La Jolla. En la escuela los niños hablan de sus padres y él se muerde los labios al pensar en el distanciamiento de los suyos. Decide hablar con su padre sobre aquello.

—Papá, ¿cuándo podré ir a ver a mamá?

—¿La echas de menos, hijo?

—Sí. Hoy, en el colegio, los chicos hablaban de sus madres...

—Bien, Greg. Precisamente acabo de recibir una carta de tu madre en la que dice que vayas a vivir con ella una temporada a San Francisco —explica su padre, sonriente, enseñando la carta el muchacho.

Tres días después Gregory es recibido en la estación de San Francisco por su madre, más guapa todavía que él la recordaba. La ex señora Peck se había vuelto a casar y parecía feliz; la presencia de su hijo era el mejor don para ella y para su felicidad. Gregory debía continuar sus

estudios y su madre le llevó a la escuela de «San Jaime».

Gregory empieza a crecer y su adolescencia transcurre entre La Jolla y San Francisco. Su afición por el rugby es manifiesta, pero no parece feliz.

—Greg, hijo, ¿qué te sucede? —pregunta su madre, preocupada, una tarde en que observa al muchacho perdido en sus pensamientos.

—Pensaba en papá... Ahora se levantará, encenderá su pipa y leerá el periódico...

Sigue un silencio; su madre se ha quedado seria y él siente el impulso de querer reparar.

—Perdona, mamá, no he podido evitarlo...

—No tengo nada que perdonar, hijo. Yo deseo siempre que sea así; que quieras mucho a tu padre.

—Y a ti también —dice impulsivo el muchacho cogiendo la mano de su madre con devoción—. Pero es terrible, mamá; cuando estoy contigo pienso en él. Y allí, en La Jolla, a solas con el mar, tengo siempre tu imagen ante mí. ¡Esto no es vivir! Sufro mucho.

—Lo siento de veras, Greg. Cuando naciste deseábamos los dos ser los mejores padres para ti, y ya ves... nos repartimos tu cariño como si fuieses un juguete. ¡Oh Greg, hijo mío! ¡Cuánto debes sufrir...! —solloza la madre, abrazando tiernamente la cabeza del muchacho—. Tienes que perdonarnos, hijo. No hemos sabido hacerte feliz; nos hemos preocupado demasiado por conseguir la felicidad para nosotros sin detenernos a pensar en ti.

Gregory permanece sereno, se siente mejor acariciado por las manos finas de su madre y recuerda:

—Hace dos años, tenía exactamente trece; estaba con papá. Se celebraba una fiesta en la escuela; todo el colegio reía y estaba alegre. Yo permanecía solo, en el campo de deportes; mis compañeros se habían ido con sus padres. Les imaginaba en sus casas: tendrían en aquel momento el afecto cálido de sus padres que escucharían complacidos sus explicaciones sobre la escuela. Pensé que yo también debía correr a reunirme con papá..., pero luego retrocedí, ¿para qué ir a casa? Hubiera encontrado a papá dormido para poder velar por la noche... Entonces sentí más fuerte que nunca mi soledad; estaba desesperado, mamá; desesperado de estar tan solo, cuando los demás serían felices entre sus padres... Apenas recordaba ya mis llantos de niño, cuando te llamaba a gritos, y, sin embargo, en aquel momento, a los trece años, lloré.

Gregory ha hablado pausado, como si se constase aquella escena a sí mismo; con un deje de melancolía y amargura en la voz. Su madre no dice nada; besa con devoción la frente del muchacho y quedan los dos en silencio.

* * *

Han transcurrido tres años. Gregory continúa sus estudios en la Escuela «San Jaime». Pasa unas vacaciones en casa de su padre. El señor Peck le manda a pasear por la tarde en compañía de una amiga, Harriet.

—Sal esta tarde con Harriet, hijo. Es muy buena amiga mía y tiene una gran ilusión por conocerte. Yo pasaré a recogeros por la confitería de Davis.

Gregory contempla aquella mujer esbelta y bonita; es amable y al hablar con él lo hace con un deje de ternura en la voz.

De regreso a casa algo sorprende al muchacho. Harriet entra con él, familiarmente cogida del brazo. Gregory busca los ojos de su padre y le interroga. El señor Peck comprende la mirada de su hijo y dice:

—Greg, Harriet va a vivir con nosotros. Esta mañana nos hemos casado.

El muchacho no puede decir nada. La noticia ha sido una sorpresa para la que no estaba preparado; trata de sonreír inútilmente.

—Hijo, he esperado a que cumplieses los diecisésis años; creo que ahora puedes comprender mejor mi proceder. Todo será como antes; Harriet tratará de ser para ti un descanso. Además, ya va siendo hora de pensar en algo decidido para tu porvenir. Quiero que seas médico y he pensado en trasladar tus estudios a la Escuela Superior de San Diego. Ahora ve a acostarte y piensa en todo esto; deseo verte dentro de unos años convertido en un buen médico. Reflexiona, hijo, y sé comprensivo, por favor.

Gregory reflexionó detenidamente y poco después ingresó en la Escuela Superior de San Diego. Sin embargo, el muchacho no se siente atraído por los estudios sistemáticos y continuados; no quiere ser médico; ha ido a San Diego para inhibirse del nuevo hogar de su padre y estar solo. Gregory lleva la soledad con él desde los primeros años de La Jolla; ni en la escuela de «San Jaime», ni ahora en ésta de estudios superiores ha dejado de ser solitario y cerrado en sí mismo. Adquirió algo más de su infancia en La Jolla:

el amor a la libertad. Gregory no puede sopor tar aquella vida quieta y ordenada de San Diego; siente nostalgia por las horas que pasó junto al mar sin tener que moverse al son de una campanilla. Su nueva vida le oprime y le pesa hasta la obsesión; no se siente capaz de continuar allí; han sido muchas horas transcurridas junto a un mar sin límites y la escuela le parece una cárcel. Decide marcharse y buscar algo nuevo, un trabajo cualquiera.

Sale de San Diego. Son unos días de desconcierto sin saber qué hacer; finalmente consigue un empleo en una sociedad petrolifera como conductor de camiones. En un principio el trabajo le parece divertido, por lo menos las carreteras no parecen tener límites tan marcados como la escuela. Durante año y medio conduce el petróleo de un lugar a otro con su mejor voluntad. Un amanecer, Gregory llega a dar cuenta de su ruta; lleva sobre sus hombros su chaqueta de cuero y se dirige a ver al gerente.

—Señor Peck, hemos venido observando su trabajo durante estos dieciocho meses y celebramos su celo y buena voluntad en él. Así es que estamos decididos a darle un nuevo cargo de mayor responsabilidad con un aumento considerable en sus honorarios... etc., etc.

Gregory escucha con seriedad; las palabras han llegado hasta él como en una nube densa; apenas si ha comprendido que se trata de firmar un contrato y conseguir eso que un buen ciudadano llama «un porvenir». El sabe que ha llegado allí casualmente, para liberarse de aquella casa grande con las puertas cerradas; ni por un momento pensó que aquel empleo fuese la meta de sus as-

piraciones. Mientras esto ha pasado por su imaginación, el señor gerente, hombre entrado en años, grueso y colorado, ha continuado su monólogo acerca de cómo él empezó con un equipo de trescientos dólares y un ayudante, y ahora era el mayor accionista de... etc., etc. Gregory sólo ve ante él una mano vulgar que luce un gran brillante y que sostiene un papel que tiende hacia él.

—Firme aquí, señor Peck. Usted tiene un buen porvenir. Es usted un hombre honrado y trabajador y esto es lo importante, ¡ser muy trabajador! Yo a sus años..., etc., etc.

—Lo siento, pero yo no deseo continuar aquí. Son ustedes muy amables al ofrecerme este nuevo cargo, pero he decidido proseguir mis estudios y por lo tanto... etc., etc.

* * *

Gregory Peck, a los dieciocho años ingresa en la Universidad de «Berkeley». Sigue sus estudios y las prácticas de su deporte favorito: rugby, hasta que resulta con una grave lesión a causa de un placaje.

—Muchacho —dice el médico, después de observar la pierna de Peck cuidadosamente—. No creo que puedas volver a jugar a rugby; deberás pensar en otra forma de entretenerte tu tiempo libre.

Gregory entra a formar parte del grupo de remeros de su Universidad y en el año 1937 emprende un viaje a Nueva York para participar en los campeonatos universitarios. Los remeros de Berkeley consiguen el triunfo y les conceden el premio de la regata de Poughkeepsie. Aquel mis-

mo año un amigo de Peck le propone formar parte de un cuadro escénico que pretende montar.

—He pensado en ti; pareces muy aficionado al teatro; en la biblioteca de la Universidad siempre te veo leer obras dramáticas y eres de los que tienen juicios más exactos sobre la actuación de las compañías que vienen a la ciudad.

—Te agradezco tu interés. Es cierto que me gusta el teatro —explica entusiasmado Gregory—. ¿Sabes una cosa? Es lo que más me gusta entre todas las actividades culturales y artísticas que he conocido. Aquél es un mundo maravilloso, Fred. Pienso en esto hace tiempo; desde que abandone el trabajo de conductor de camiones, he procurado por todos los medios perfeccionar mi inglés, leer mucho y observar a los actores en escena. ¿Qué obra quieras representar?

—«Anna Christie». Y quisiera que interpretases el primer papel.

—¡Es magnífico! O'Neil es genial. Conozco ese papel de que hablas y pondré todo mi entusiasmo para que salga bien.

Empezaron los ensayos y desde el primer día en que Gregory subió al escenario comprendió que había encontrado su camino. Después de «Anna Christie» interpretó otros papeles, y a medida que se familiarizaba con el teatro su ilusión y su interés eran mayores. En estos menesteres llegó el año 1939 y recibió el diploma al finalizar sus estudios. Tenía una idea fija y estaba decidido a seguir adelante. Fué a ver a su padre y le contó sus proyectos. El señor Peck había puesto grandes ilusiones en que su hijo fuera médico, pero a través de las palabras de Gregory advirtió una decisión

y seguridad tales que comprendió que sería inútil cualquier intento para hacerle desistir.

—Está bien, hijo; si crees que has escogido tu camino y has depositado en él tus ilusiones, lo mejor es que te traslades a Nueva York; allí te será más fácil conseguir lo que deseas. Tengo un amigo en Nueva York concesionario en la Feria Mundial, te daré una carta de recomendación para él. De momento te será preciso un trabajo hasta que te orientes en el teatro, ¿no es así?

—Sí, desde luego. Estoy dispuesto a todo, padre. Al llegar a Nueva York tuvo que alojarse en el Ejército de Salvación. Después se presentó al amigo de su padre y entró a trabajar en la Exposición Universal. El muchacho tenía buena voz y fué destinado a anunciar a los visitantes que entrasen en el local, durante doce horas diarias, de la mañana a la noche.

Transcurren unas semanas y Gregory supone que de continuar en aquel trabajo como «charlatán» corre el peligro de perder la voz; se despide del amigo de su padre dándole las gracias por su interés. Consigue otro empleo como guía en el famoso edificio «Radio City». Gregory Peck se ha convertido en un completo bohemio; su sueldo apenas le da para poderse sustentar. El encargado del personal le había recomendado:

—Usted debe procurar que el grupo de turistas que guía camine rápido por donde a usted le plazca; cuanto antes termine el recorrido, antes podrá acompañar a otro grupo; no olvide que el sueldo es mínimo y que para ganar dinero es necesario acompañar a varios grupos al día, pues ellos son los que realmente pagan su trabajo. La práctica será su mejor aliado.

Gregory inició su trabajo, pero las recomendaciones las olvidó cuando apareció ante él el teatro de «Radio-City»; Gregory olvidó también su misión en aquel lugar y apenas atendía a las preguntas que le hacían los turistas. Todo iba muy bien hasta que llegaban a la sala y se dejaba vencer por la obra que representaran. Entonces invitaba a los visitantes a sentarse y él hacia lo propio; de esta forma su grupo asistía a toda la representación teatral en su compañía, pero apenas veía otra cosa. De esta actitud de Gregory él era el mayor perjudicado. Hacía una sola comida al día. Vivía en un continuo vagar de una habitación amueblada a otra. Sin embargo, existe algo a lo que no renuncia: sus clases en la escuela de arte dramático, a la que asiste todos los días al terminar su trabajo. Los profesores de la escuela admirán la aplicación de Peck y están entusiasmados por la calidad que sabe dar a todos los papeles que le obligan a estudiar. Pretenden ayudarle y le conceden una beca. Entonces él abandona su colocación y se dedica por entero a estudiar arte dramático en la escuela de Neighborhood, en la que pasa dos años. Durante el verano de 1940 obtiene otra beca de diez semanas para el famoso teatre «Barter», de Abingdon. Interpreta en el teatro siete obras en las que encarna personajes diversos. En el teatro «Barter» los espectadores pagan sus localidades en especies y como el país es de los primeros cultivadores de espinacas, Gregory estaba próximo a la indigestión de ellas. Afortunadamente el plazo expiró y regresó a Nueva York.

A la primavera siguiente, Guthrie Mac Clintic le

vió actuar y le propuso trabajar en la compañía de su mujer, Katherine Cornell.

—Vamos a hacer una jira con la obra «The Doctor's Dilemma». Tengo esperanzas puestas en usted, pero de momento no puedo ofrecerle más que un papel secundario... —había hablado francamente Mac Clintic.

—Cualquier papel es bueno para empezar, no se preocupe por ello —contestó sonriente Greg, que parecía entrever en sus propias palabras una lucecita de esperanza.

Se hizo la jira y la propia Katherine Cornell vió con asombro la perfección del trabajo del nuevo actor.

—Es un gran muchacho Peck, y siente el teatro de veras —decía Katherine Cornell a Greta Rice, su secretaria.

Greta sonreía y al hacerlo los ojos brillaban con un destello de dulzura, asentimiento y devoción. Greta Rice era también maquilladora de Katherine y cuando terminaba el maquillaje se dirigía al escenario y allí, entre bastidores, seguía una a una las frases de aquel hombre alto, delgado, de mirada profunda, con cierto aire británico, correcto y serio. A Greta le gustaba el joven actor. Creía sinceramente que Gregory tenía su puesto en el teatro y deseaba intensamente que consiguiese el triunfo. Greta era una mujercita de cabello rubio, de origen finlandés. Tenía una labor oscura en el teatro, pero ella también amaba aquel mundo extraño de candelabros y ficción. Greta era el modelo femenino ideal del hombre: callada, tranquila y llena de buena voluntad. Tenía una sonrisa deliciosa y una ternura en los ojos por la que

Gregory se sintió atraído desde el primer instante.

En las horas libres Gregory buscaba siempre la compañía de Greta.

—¡Greta! Esta noche ponte tu mejor vestido; he cobrado y vamos a cenar en un gran restaurante de la ciudad —le dijo aquella noche, al terminar el primer acto de «Captain Jinke».

—Es una locura, Greg; vas a pasar el resto de la semana sin un céntimo.

—No importa; esta noche jugaremos a millones.

Han cenado en una mesita apartada, con una tenue luz que da intimidad al lugar. La música es ahora suave y cadenciosa. Comienzan a bailar muy juntos, en silencio; alguna vez Greta levanta los ojos hacia él para sentirse envuelta en su mirada, que ha perdido su tristeza habitual y brilla alegremente. La estatura de Gregory disminuye la de ella. Greta no es guapa, es chatilla y algo gruesa, pero aquella noche Gregory cree verla por primera vez y le parece bonita; lleva un vaporoso traje negro, el cabello recogido sobre la nuca, tiene los pómulos pronunciados y esto da armonía a su óvalo que, de otra forma, sería demasiado redondo. Parece una japonesita rubia. Es la primera en hablar.

—Parece un sueño, Greg; quisiera detener la noche —dice ella.

—¿Comprendes que valía la pena? —pregunta él muy bajo. Sigue mirando complacido a su compañera de baile y añade: —Me recuerdas a un hada que pudiera haber pintado Rubens para un cuento de niños.

Ella sonríe; sabe que el actor es poco aficionado

a frases galantes de cumplido y por eso lo agradece. Continúan en la pista sin apenas moverse de un pequeño círculo.

—¿Eres feliz, Greg? —pregunta Greta.

—A tu lado siempre lo soy; eres la única persona que ha abierto una puerta que yo creía cerrada para mí desde niño. No creas que te he llamado «hada» por hacer un cumplido —termina con guiffo simpático.

—Hace cuatro meses que nos conocemos, querido, y me parece que sólo estos cuatro meses cuentan en mi vida.

—Es lamentable, Greta, que yo no disponga de dinero. Todavía debo abrirme camino.

—Todo irá bien, ya lo verás, Greg; yo tengo fe en ti y sé que alcanzarás el puesto que te corresponde.

—Greta, tú crees en mí y es tal vez esta fe tuyas la que más me ayuda a no desfallecer y seguir adelante. A veces todo se hace sombrío y siento deseos de echarlo a rodar. Y entonces te veo entre bastidores, repitiendo mis frases con los ojos cerrados, en silencio, y recobro las esperanzas. ¿Sabes? Todo vale la pena: la jira, mi papel secundario, la falta de dinero, el no ver claro mi porvenir, si detrás de bastidores estás tú sonriente e ilusionada...

—Eres un gran actor, Gregory; no soy yo sola quien opina así. Katherine dice que a veces quisiera que fueses tú el primer actor; tiene la impresión que ella misma daría más vida a su papel si tú fueses su oponente. Cuando tú hablas en escena los demás actores suben en intensidad y dan mayor expresión a su papel —comenta ilusionada y admirada la muchacha rubia.

—...Si las cosas fueran bien nos casaríamos en seguida, Greta —dice Gregory al sentarse junto a ella en la mesita solitaria.

—Estoy segura que llegará un día en que serás un gran actor. Es lo que más deseo en este mundo, Greg —dice ella, al sentirse atraída por el brazo fuerte de él.

A las tres de la madrugada emprenden el camino de regreso.

—Es la hora más bonita de la noche, Greta. A esta hora es mejor andar.

Avanzan lentamente, cogidos del brazo. El se detiene y busca algo en el bolsillo del pantalón.

—Mira, ven hacia este farol —dice, tomando la mano de Greta.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella.

—Quiero ver el dinero que me queda. A ver, todavía tengo doce dólares. Mañana haremos también cena de burgueses.

—¡Pero Greg...! —trata de protestar ella.

Y Greg no le permite que continúe, interrumpe la frase con sus labios y permanecen así abrazados, durante unos segundos, mientras la luz del farol proyecta sus sombras y alarga las cabezas unidas hasta que semejan formar una pirámide irreal.

* * *

A la noche siguiente cenaron en otro célebre restaurante en las afueras de la ciudad; encontraron allí a los Mac Clintic. Fué una noche alegre y simpática en que se estrecharon los lazos de amistad entre Gregory y los Mac Clintic. Hablaron de teatro y de autores como cuatro buenos camara-

das; trazaron proyectos para cuando concluyese la jira.

—Iremos a San Francisco; Katherine debe interpretar allí «Rose Burk» con Jean Pierre-Aumont.

—¿Sabes una cosa? —declaró sencillamente Katherine—. Hubiese preferido que fueses tú quien interpretase ese papel, Gregory. Y lamento de veras no poder ofrecerte todavía la oportunidad.

—Yo te prometo, Peck, que conseguiré para tí esa oportunidad —confirmó el marido de Katherine con lealtad.

Al amanecer regresaban cantando alegremente canciones marineras que Gregory les enseñaba y sus voces permanecían después en el aire mezcladas como un símbolo de aquella amistad que se consolidaba.

Siguieron los días de escasez para Gregory y Greta.

—Te invito a comer un sandwich de pie esta noche —dijo él, con cierta timidez, al terminar la representación.

—Ahora mismo, Greg; estoy hambrienta —contesta ilusionada Greta, colgándose de su brazo.

Entraban en cualquier bar, comían un bocadillo cada uno y bebían un doble de cerveza. Al salir, paseaban sin prisa. Se acodaron muy juntos en la balaustrada de puente y contemplaron los reflejos de las luces de la ciudad sobre el río que se deslizaba con suavidad. Gregory había pasado su brazo por los hombros de Greta y ella se había refugiado mimosa en él.

—¿Eres feliz? —era él quien preguntaba esta noche.

—Sí, querido, muchísimo.

—Esta noche no se escucha otra orquesta que

la de las aguas; nuestra mesa es la balaustrada de este puente y la luna la única lámpara encendida — dijo él, sonriente, en tono melodramático.

— Todo esto parece que estuviera preparado para nosotros...

— Es cierto; lo importante es que estemos juntos tú y yo; lo demás es accesorio, es el decorado, como en el teatro.

Guardaron silencio y se hizo más fuerte el sonido del río. Luego, Gregory preguntó:

— ¿Estarias dispuesta a aceptar mi forma de vida en este momento?

— ¡Desde luego, Greg! Yo no tengo más ambición que la de quererte y ayudarte. Deseo casarme contigo para estar junto a ti siempre; no importa que vivamos en una habitación amueblada o en una gran mansión; nuestro hogar estará allí donde estemos los dos y nuestro cariño le hará resplandecer.

— Gracias, querida — dijo él, besando su frente sobre la que caía un gracioso rizo — Nos casaremos en cuanto pueda ofrecerte algo seguro.

* * *

La jira terminó en San Francisco, en donde Gregory Peck esperó en vano la oportunidad de reemplazar a Pierre-Aumont. Regresó a Nueva York y vivió unos días de inquietud. Una semana después, Peck firma un contrato con Jane Cowell y trabaja en la obra «Punch and Julie». Después es contratado en Cape Playhouse de Dennis, donde interpreta «The Circle», con Karen Morley; «Rebound», con Ruth Chatterton, y «The Duenna», con Jimmy Savo.

Ahora es el propio Mac Clintic quien le busca para confiarle el primer papel de «Morning Star», la obra que acababa de obtener un gran éxito en Londres.

— ¡Greta! — llama en seguida por teléfono Gregory —. Acabo de hablar con Mac Clintic; voy a trabajar con él. Antes nos casaremos. Juntos para siempre, querida — son sus últimas palabras.

Se casan y van a vivir a una pequeña habitación de un último piso. Carecen de dinero, pero la felicidad está con ellos y tienen plena confianza en el porvenir que Gregory empieza a vislumbrar como algo tangible. Continúan su vida de bohemios mientras empiezan los ensayos con los Mac Clintic. El estreno es un gran triunfo para Gregory y las críticas señalan su labor con grandes elogios. Seguidamente interpreta «The Willow», con Marta Scott, y «Sons and Soldiers», con Geraldine Fitzgerald, puesta en escena por el célebre Max Reinhardt. La suerte ha llamado a su puerta y Gregory Peck es considerado ya entre los primeros en los escenarios de Broadway.

Casey Robinson, que había conocido hacia unos años a Peck, cuando estudiaba en la escuela de Neighborhood y comía espinacas en Abigdon, fué a verle actuar y se interesó por el actor. Pretendía llevarle al cine; él también había sido director escénico y se convirtió en productor cinematográfico.

— Tu puesto está ante las cámaras, ya lo verás; debes probar fortuna.

— ...Pero Hollywood no me interesa. Yo quiero hacer teatro y lo hago.

— Mira, Peck, yo también creía que el único arte puro era el teatro, y ahora estoy en Hollywood

y me encuentro bien allí. También el cine ofrece posibilidades a un buen actor. Yo quiero que interpretes «Días de Gloria», mi próxima película; Jacques Tourner será el director. ¡Vamos! Es un favor que te pido; luego volverás al teatro si ese es tu gusto.

A los dos días de esta conversación, un empresario neoyorquino recibe una llamada telefónica de Samuel Goldwyn, desde Hollywood.

—¿Cuánto pide por Peck? —preguntó Goldwyn rápido.

Aquel empresario no conocía al actor Peck, pero respondió tranquilamente.

—Tres mil dólares por semana.

—¡Hecho! —aceptó el más famoso de los productores americanos.

Gregory Peck hace las maletas y emprende el viaje con su esposa hacia Hollywood.

«Días de Gloria» constituye un éxito rotundo y Peck siente ya la tentación de la capital del cine, aunque la considera pasajera. Firma un contrato único en los anales de la cinematografía: doce films que interpretará en cuatro años para cuatro productoras distintas: «Las llaves del Reino», «La barrera invisible», «Cielo amarillo» y «Almas en la hoguera», para la 20th Century-Fox; «Duelo al sol», «Recuerda», «The Paradise Case» y «El hidalgo de los mares», para David O. Selznick; «El valle del destino» y «El despertar», para la M. G. M.; «The Macomber Affair» y «El gran pecador», para Casey Robinson. Su suerte estaba definida.

Y al llegar a su casa, con el contrato firmado, le esperaba otra nueva alegría: el nacimiento de su primer hijo, Jonathan. Greta recibió a su es-

pozo con una sonrisa llena de ternura. Gregory estaba emocionado cuando se acercó a ella.

—Querida —le dijo—. Gracias por haberme concedido este hijo. Sólo por esto tendría ya que quererte y estar agradecido a ti siempre. Es nuestro hijo y él será un niño feliz de un matrimonio unido.

Luego comenzó el rodaje de «Las llaves del reino». Ponía en su trabajo todo su esfuerzo y cada uno de sus films era una lección de buen a para los habitantes de Hollywood. Los directores decían de él que «era un prodigo de interpretación». Selznick, mientras le dirigía en «Duelo al sol», opinaba que nadie podría sacar mayor partido que Peck al personaje difícil y extraño que encarnaba.

—El propio Dostoiewski —comentaba Casey Robinson cuando filmaban «El gran pecador» — al describirse en «El jugador», soñaba con un actor como Peck para interpretar su obra.

Cuando le hicieron las pruebas cinematográficas para interpretar el Paul Scott de «El valle del destino», productor y director de la cinta se entusiasmaron con los resultados.

—Tengo la certeza que Peck tiene abiertas las puertas de la gloria como galán. Reúne simpatía, apostura y gran atractivo entre el elemento femenino. No se puede pedir más —pronosticó el productor, Edwin Knopf.

—Y sin embargo —dijo Tay Garnet, el director de la nueva película—, tengo el convencimiento que si Gregory Peck escala la fama continuará siendo el mismo personaje sencillo y despreocupado que era cuando entró en los Estudios por primera vez.

Y Tay Garnet no se equivocó en su juicio. Gregory se había instalado en una casita próxima a los Estudios en la que Greta se ocupaba de los niños: Jonathan y Stephan, nacido en 1945. Tenían dinero y su vida discurría apacible. Tres años después del nacimiento de Stephan, Gregory siente la opresión de Hollywood, de Greta y de las conveniencias establecidas; renacen en él su afán aventurero y bohemio, su libertad de La Jolla, y abandona su hogar sin dar explicaciones. Necesita vagar unos días sin ataduras. Regresa poco después, para el nacimiento de su tercer hijo: Carey Paul, y filma «El pistolero». Greta no dice nada, ni un reproche. Pero guarda aquella fuga inexplicable de su marido en su interior y comprende que puede ser un indicio de un drama interior que esté sosteniendo el actor con él mismo. El Gregory aventurero que un día abandonara el colegio para conducir un camión no se dejará vencer fácilmente.

* * *

Gregory se reincorpora a su trabajo y a su hogar con entusiasmo. Ahora es un gran actor, un actor genial que sorprende por sus creaciones de los personajes que interpreta. Pero Gregory, al emprender aquella fuga y emprender los caminos solo ha sentido también nostalgia por el teatro, y decide fundar en La Jolla un pequeño teatro en el que actuarán los mejores actores de Hollywood. Le gustaba invitar a sus amigos a su casa, pero en ocasiones surgía el hombre extraño, liberal, insociable que él pretendía hacer desaparecer. Surgía muy a su pesar, como una fuerza

que se impusiera a su cordura. Una noche llegó a casa; estaba todo preparado para una fiesta; sus amigos hablaban de todo, a excepción de lo que él hubiera querido hablar: su trabajo, cómo debía orientarlo, y sobre todo el sentido que se debiera dar a la vida misma. Se encontró un extraño en su casa; se hablaba de cosas repetidas mil veces; nada de aquello tenía sentido para él; y se fué a su habitación sin dar una pequeña disculpa. En la soledad siente otra vez deseos de marchar lejos de aquel mundo que finge, a la ventura va a poner en un maletín lo imprescindible, pero se detiene al pensar en sus hijos.

En 1950 finaliza su contrato y opta por escoger él sus personajes y firmar contrato por cada film que interprete.

—Será mucho mejor, Greta; me niego a interpretar películas absurdas en las que no puedo representar más que tipos necios; quiero hacer cine bueno y tengo derecho a exigir lo que me convenga. En Hollywood hay que andar con cautela.

—Sí, Greg; aquí todo es comercial y se valen de todos los medios para conseguir películas de galería. No dejes que te utilicen para ello, has demostrado tu superioridad artística.

—Quisiera hacer unas vacaciones y marcharme lejos, escuchar el agradable sonido de un expreso a toda velocidad, ya sabes que me gusta, pero de momento sólo puedo ofrecerte un viaje a Gran Bretaña, donde he de filmar «El hidalgo de los mares», otra película que me inspira poca confianza.

En Gran Bretaña, Greta y Gregory aparecen en las salas nocturnas como en sus buenos tiempos de la jira con los Mac Clintic. Gregory es ahora

un marido modelo. A su regreso a Hollywood filma «David y Betsabé», «Sólo el valiente» y «El mundo en sus manos». Después viene la proposición de Darryl F. Zanuck:

—Peck, será una superproducción extraordinaria —le dice entusiasmado—. El realizador es Henry King y emplearemos el technicolor.

—¿Es un guión tuyo? —pregunta el actor.

—No, es la famosa novela de Ernst Hemingway «Las nieves del Kilimandjaro». Yo sólo he hecho la adaptación —explica Casey Robinson.

—¡Magnífico! Acepto decididamente. Hemingway es la mejor garantía que podías ofrecerme. Siempre he sentido predilección por esa novela, he vibrado con el carácter del protagonista... ¿Quiénes serán ellas?

—Habíamos pensado en Susan Hayward, Ava Gardner y Hildegarde Neff.

Gregory empezó su trabajo y se decía que aquel papel parecía escrito exclusivamente para él. Nunca se le había visto entregado a un papel con tanto ardor. Cuando se proyectó el film en Hollywood por primera vez, alguien que conocía muy bien al actor dijo:

—Si se debe conceder un Oscar por saber escoger un intérprete totalmente adaptado a su personaje, ésta es la película que se lo merece.

Gregory es designado para emprender un viaje por Europa y presentar «Las nieves del Kilimandjaro» en las distintas capitales europeas. Parece un vagabundo que buscarse algo indeterminado sin forma ni color; la alegría se refleja en su rostro porque ha conseguido salir de aquel estar estático en Hollywood; Europa recoge mejor su manera de ser. Ya no se siente una fiera

enjaulada, es un hombre que vaga por las calles y descubre seres nuevos y nuevos edificios; arte, otra música diferente y un ambiente más auténtico. Greta y sus tres hijos están con él en Italia; los niños van a un colegio de Roma. Gregory, en Italia, filma una película con Audrey Hepburn, «Vacaciones en Roma». Despues debe trasladarse a Inglaterra.

—Tengo que filmar allí «El Millonario» —explica a su mujer—. Vosotros es mejor que regreséis a Estados Unidos cuando yo salga para Inglaterra; luego volveremos a reunirnos.

Greta parece cansada y triste; este viaje a Europa ha convertido a su esposo en un hombre nuevo, jovial y algo despreocupado por los asuntos familiares. Está intranquila, intuye una gran amenaza para su felicidad. No sabe dónde está el peligro exactamente, pero comprende que existe y que tomará fuerza cuando ella regrese a América y deje solo al actor que aclaman en toda Europa. Tal vez debería permanecer junto a él y esperar, pero le quiere demasiado y cree comprender que su esposo desea la soledad. Ni por un momento Greta le impondrá su presencia; confía en las palabras de Greg, hace nueve años, cuando nació Jonathan: «Nunca nos separaremos, querida. El hecho de haberme dado un hijo sería suficiente para que te estuviese siempre agradecido. Estaremos siempre unidos para que nuestros hijos conozcan la felicidad que a mí se me negó de niño...» Todo aquello era sincero; será confiada y paciente; lo importante es que Gregory sea feliz.

—Sí, Greg —dice finalmente, con un ligero temblar en la voz—. Mañana tomaremos el avión.

—Id unos días al campo. Los niños necesitan

descansar antes de ir al colegio. Quiero que nuestros hijos se habituen a la vida del campo igual que a la de la ciudad —dice Gregory, mientras llena su pipa de tabaco.

* * *

Después de filmar «El Millonario» se encamina a Berlín para empezar el rodaje de «Decisión a medianoche», su primer CinemaScope, bajo la dirección de Nunnally Johnson. Navidad se aproxima y Greg siente la nostalgia de sus hijos; recuerda la promesa que hizo al pequeño Jonathan. Habla por teléfono con Greta y le pide que envíe al niño a París. Luego, la víspera de Navidad espera impaciente la llegada de su hijo, que se ianza con ímpetu en sus brazos.

Otra vez Gran Bretaña para filmar «The purple plain», y París de nuevo. París: la ciudad en que Gregory cree encontrarse a sí mismo; vida bohemia, luces, mujeres, sinceridad y despreocupación en las gentes sin prejuicios. Vida de arte y de amor. Es una vida nueva que ha descubierto poco a poco en Europa, y en París ha llegado a cristalizar. Gregory ha sentido revivir en Pigalle, Montmartre, Montparnasse, L'Île de France... todo aquello que dormía en él durante mucho tiempo: su verdadera forma de ser. Gregory ama la libertad, el arte, la vida sencilla y sincera. En Hollywood no puede vivir como él deseara; ahora despierta en él todo lo dormido, sus deseos reprimidos, el vagabundo que en «Las nieves del Kilimandjaro» tenía forma de novelista que quería hacer literatura de su propia vida. Europa le ha abierto los ojos a otro mundo nuevo que se le había vedado; hasta el amor tiene en París otro sabor

de cosa prohibida. Se siente transformado. Establece en la capital de Francia su residencia y pronto se advierte junto a él una sombra femenina que ha surgido hace un tiempo, cuando Greta decidió marcharse a California. Esta sombra tiene veintinueve años, es esbelta, de facciones correctas y graciosas; viste con una elegancia parisina envuelta en cierta despreocupación juvenil, es periodista y se llama Verónica Passani; de origen eslavo-francés.

Verónica Passani pretendía escribir una entrevista con el actor para su periódico, y Gregory sonrió complacido a las preguntas que la mujer hacía coquetamente. Al actor le pareció Verónica la esencia de la mujer europea: alegre, femenina, deportiva, simpática y un tanto deslumbrada ante la fama de su personaje.

—Creo que está usted despertando en mí pensamientos reprimidos —había dicho él con picardía ante una pregunta indiscreta.

—Vaya con cuidado; si lo adivino está usted perdido. Volvamos a las preguntas. ¿Es cierto que se ha encontrado a sí mismo en «Las nieves de Kilimandjaro»?

—Así es, en efecto —responde serio, y añade—: ...pero no hablemos de esto.

—¿Ha encontrado ya a su Susan Hayward en la realidad? —pregunta, maliciosa, Verónica, levantando hacia él sus alegres ojos.

—¡Hum! Es usted muy indiscreta. Soy un hombre casado.

—Bien; preguntaré de otra manera. ¿Busca usted, como su personaje, «otra cosa»? ¿Algo más que no se le ha dado hasta ahora?

—¿Quiere que le conteste esta noche? Podemos

cenar juntos y le daré más detalles para su reportaje.

—¿No teme que murmurén si le ven con una mujer desconocida?

Gregory ríe divertido, separando de sus labios la vieja pipa.

—¡Bueno! Creo que, en esta ocasión, tratándose de una periodista, no se meterían conmigo; supongo que tiene usted influencia con sus compañeros para evitar las murmuraciones. Me parece una descortesía hacia los de la profesión. A su lado me sentiré más seguro. Esto no es Hollywood.

—En ese caso, acepto —dice Verónica, guardando su bloc de notas en que apenas ha escrito cuatro líneas.

Y así empieza el idilio. Luego Gregory tiene que marcharse a Inglaterra y Verónica aparece por allí dispuesta a continuar su reportaje. Gregory marcha a Ceylán, y también allí se presenta Verónica con el pretexto de visitar a la esposa del realizador del film, Robert Parrish. Gregory apenas se muestra públicamente con la muchacha, quiere evitar los comentarios a toda costa; no se exhiben ni parecen unirles otras relaciones que las de una buena camaradería. Pero Peck siente algo más que una simple amistad por Verónica; se ha dado cuenta de que ella no juega, de que trata por todos los medios de conquistarle, y que no emplea para ello malas artes.

—Greg, yo no puedo continuar esta comedia a tu lado. Mis nervios no resisten esta situación. Te quiero y lo confieso noblemente. No tengo valor para alejarme de tu lado; tendrás que ser tú quien des el primer paso, yo aceptaré tu decisión y procuraré ser fuerte. Estoy cansada de fin-

gir interesarme por un reportaje que no escribiré jamás.

—No quería que llegases a hablar así. Tienes razón; soy un egoísta que está jugando con fuego sin quererme comprometer. Pero trata de entender que yo quiero a Greta y no quisiera separarme de ella. Tengo tres hijos, Verónica. Ahora voy a regresar a Hollywood y trataré de tomar una decisión. No quiero tampoco hacerte daño, te quiero demasiado. Esto no debiera habértelo dicho nunca, pero es necesario que lo sepas antes de que yo salga para Hollywood. Y sabe también que no violentaré para nada la decisión de mi mujer.

—Eres noble, Greg, y precisamente por eso quiero que juguemos limpio hasta el final; pero esta situación es preciso que acabe, por ellos y por nosotros.

* * *

Gregory Peck llegó a su casa y fué sincero con Greta. Ella lo adivinó apenas comenzó a hablar. Gregory estaba atormentado, pero quería ser sincero, y Greta comprendió, a pesar de su pena, el dolor de aquel hombre al que todavía se sentía unida, desde aquellos maravillosos años en que él buscaba un porvenir para ofrecérselo.

—Debes sufrir mucho, Greg. Creo que en este caso deberemos pedir el divorcio. Yo no quiero vivir en esta situación desesperada que he vivido estos dos últimos años; sé que a ti te costará tanto como a mí, por Jonathan, Stephan y el chiquitín.

—Tienes razón; no sabes cuántas noches, al pensar en esto, he deseado volver a ser aquel hombre sencillo de mis primeros tiempos; me siento otro, Greta. Es como si me hubiera convertido en otro ser, y no sé si era mejor aquél de entonces,

sin complicaciones, sin otras ilusiones que las de un hogar feliz; ahora me atormentan mil ideas distintas, pero creo ser así más auténtico; la complejidad de la Vieja Europa pesa sobre mí y me derrota; ya no soy el mismo que tú has querido, Greta; este hombre de ahora también te haría sufrir a ti, porque no encuentra la calma y vive angustiado.

Ella no dice nada; seca sus lágrimas y va al encuentro de los niños, que han salido antes del colegio para ver a su padre.

—Podré quedarme con ellos, ¿verdad? —le pregunta con firmeza.

Gregory asiente mientras pasa, emocionado, su mano por la cabecita del pequeño Carey Paul, que ya tiene tres años.

Nuevo viaje a Europa y su encuentro con Verónica, que espera impaciente en el aeropuerto de París. Los dos juntos siguen luego la ruta de España: Barcelona, de incógnito; Madrid, en donde son sorprendidos en el Museo del Prado, frente a los «Caprichos» de Goya, por una máquina indiscreta; por último, Canarias, para actuar como protagonista de «Moby Dick», a las órdenes de John Huston.

Gregory, sin embargo, no parece feliz; Verónica sufre por ello e intenta por todos los medios conseguir la paz para él. Todavía trata de evitar el escándalo y el que se les vea juntos a solas; hace tiempo, en el lago de Como, Gregory corrió detrás de un fotógrafo que les había retratado juntos; ahora ya no hace estas cosas, pero evita, como antes, cualquier alusión a un posible matrimonio. En Irlanda continúa el rodaje de «Moby Dick»; allí Gregory se muestra menos veladamente

con Verónica, cuando se ha hecho pública su separación de Greta.

—Ahora, Verónica, ya no queda otra cosa que hacer; perdona por lo que hayas podido sufrir con esta actitud mía. He tratado por todos los medios que no llegase lo inevitable; ahora es del dominio público mi separación de Greta, saben hasta la pensión alimenticia que debe cobrar mi mujer: 750 dólares anuales —dice con amarga ironía—. Mira el periódico: El tribunal concede a Greta Rice la mitad de los bienes comunes y de los porcentajes de mis tres últimas películas.

—Greg, tú no eres feliz por esto, y yo no quiero verte desgraciado.

—Verónica, todo pasará; ahora es difícil correr un velo sobre mis recuerdos. He de acostumbrarme a mi nueva vida. Si no lo consigo, regresaré con ellos. Ten paciencia, te lo ruego —dice con voz cansada.

—Sí, querido; la tendré siempre. Pero sentiría que este Gregory nuevo a quien yo quiero no sea el definitivo. Tal vez sean ellos los que tengan razón —termina, tristemente.

Verónica tampoco sabe la verdad del enigma del actor del que está enamorada. ¿Es realmente el nuevo hombre el definitivo? ¿Se ha encontrado Gregory Peck a sí mismo en Europa?

Los ojos claros de Gregory Peck buscan en el rumor familiar del mar una respuesta a su pregunta, y parece que allá en el horizonte surgieran de entre las aguas las cabecitas infantiles de Jonathan, Stephan y Carey Paul saludándole sonrientes. Y Gregory baja la vista y queda en silencio, pensativo, sin atreverse a mirar al mar infinito, que continúa su rumor lento y persistente.

Así es

GREGORY PECK

En sus comienzos, Gregory se sintió un día de mal humor. Era uno de aquellos momentos en que parece que todo va a salir mal.

—¡Soy el colmo de la mala suerte! — exclamó —. Estoy seguro de que, si algún día me hago famoso, nadie se enterará.

Un buen sistema para comprar coches es el que nos enseña Gregory Peck.

—No entiendo nada de mecánica — confiesa —. Pero mi sistema no falla. Cuando quiero adquirir un coche, pido al vendedor que me lo preste durante una hora para probarlo. Inmediatamente voy en busca de otro vendedor y le propongo que me lo compre. Pocos minutos después, estoy perfectamente documentado sobre los defectos que pueda tener el vehículo y sé la cantidad que he de pagar por él.

(Caricatura de Muntañola)



Tán a la venta!

a. UNA NOVELA

MARILYN MONROE

DE INFANCIA
A SU DESGRACIA

Una foto la hace famosa
MONTGOMERY CLIFT
ROBERT WAGNER

2

MARILYN MONROE.— Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fue la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalónan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.

Una vida. UNA NOVELA

INTEGRAL,
HONRADO,
SIN FINGIMIENTOS
NI HIPÓGRESIAS

UN HOMBRE
EXTRAORDINARIO
DESPICIDO POR
ENTERO AL ARTE

TAL ES...

MONTGOMERY CLIFT

2

Una vida. UNA NOVELA

GARY COOPER

EL HOMBRE DELA
CINERATE UNIVERSAL

Un solo amor en
su vida se espresa
PERO EN DOS
OCASIONES...

2

GARY COOPER.— Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

TITULOS EN PRENSA

VAN JOHNSON



Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.

AVA GARDNER

La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



ALAN LADD

En su vida ordinaria es un hombre bien distinto al que nos muestran las películas. Amante del hogar y fiel a su esposa; un actor sin vida escandalosa ni divorcios en su haber. Atraído por la escena desde la adolescencia, inició pronto una brillante carrera cinematográfica, ayudado por la que fue su agente de publicidad y es hoy su esposa.

SUSAN HAYWARD

En la escuela de párvulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.

